

LOS JUDIOS Y EL EVANGELIO  
Lectura. Romanos 11:25-36

I.- INTRODUCCION

El tema que nos ocupa en esta oportunidad es realmente muy amplio y en muchos aspectos, bastante difícil; en razón de ello hemos querido dar enunciados generales para que luego cada uno de los hermanos, al estudiarlo en forma detenida, pueda otorgarle el enfoque particular más adecuado a las necesidades de los oyentes. No debemos olvidar que la historia del pueblo de Israel comienza aproximadamente en el año 2000 A.C. y ha de terminar al fin del Milenio, de manera que su consideración es de suma importancia para la Biblia. Pero además de ello, constituye un símbolo de la Iglesia de Cristo; en consecuencia, a nosotros nos interesa en forma especial conocer las cosas que a ellos les acontecieron, porque lo fueron en figura y estén escritas para nuestra admonición (1 Co.10:11); de manera que no podemos desconocerlas, sino más aun, debemos estudiarlas y aplicarlas a nuestra propia vida cristiana.

Por otro lado, sabemos el valor que las Escrituras conceden a este pueblo, desde el punto de vista escatológico; puesto que ellos y la tierra donde habitan, constituyen una señal de carácter específico para indicarnos que estamos en el tiempo de la Venida del Señor para buscar a los suyos. En efecto, El nos dice: "De la higuera aprended la parábola: cuando ya su rama se enterneca, y las hojas brotan, sabéis que el verano está cerca" (Mt.24:32). Este árbol es un símbolo de Israel, que ya ha vuelto a Palestina, se ha establecido como nación libre y posee el dominio completo de la ciudad de Jerusalem, de acuerdo con otra profecía (Lc.21:24); por consiguiente, estos dos hechos, ocurridos en los años 1948 y 1967, conforman acontecimientos únicos y argumentos irrefutables para afirmar que estamos viviendo exactamente en el tiempo anunciado por el Bendito Maestro: "Así también vosotros, cuando viereis hacerse estas cosas, entended que está cerca el reino de Dios" (Lc.21:31).

II.- LA ELECCION DE UN PUEBLO

Cuando los hombres eran pocos sobre la faz de la tierra, Dios tenía sus siervos que testificaban de sus propósitos y voluntad revelada para con ellos (Hch.14:16-17); pero a medida que se fueron constituyendo los pueblos y extendiéndose por el mundo, era necesario escoger uno de ellos o formarlos; Dios, en su sabiduría infinita, determinó que esto último era lo mejor y así decidió hacerlo, llamando a Abraham. Este es un hecho que entra dentro de aquello que se llama la soberanía de Dios, la cual de ninguna manera podemos cuestionar, porque se trata de atribuciones que le son propias desde el momento que es el Creador del Universo (Dt.4:37).

En cuanto a las condiciones personales que tenía este hombre, no influyeron en la decisión divina, pues de lo contrario ella estaría condicionada por ciertas o posibles virtudes humanas. De todas maneras, ya Dios sabía que él iba a ser obediente a la voz celestial y que además conocería a Sem, que según algunos comentaristas no era otro que Melchisedech (Gn.14:18-20), que fue contemporáneo de Batusalem, que a la vez lo fue de Adán; en consecuencia, Abraham pudo recibir, en forma casi directa, el relato del Edén. Respecto a los historias que se cuentan de su adoración a Dios, no pueden ser probadas; lo único concreto es que, en la ciudad de Ur, donde él vivía, se practicaba un culto pagano del cual es posible que participara (Jos.24:2); esto fue aquello que abandonó para ir tras el llamado divino.

Este hombre fue conocido como "hebreo" (Gn.14:13), que deriva de la palabra "abar", que significa "cruzar" o "aquel que ha venido del otro lado". Es decir, fue llamado de esa forma pues había llegado desde Caldea (Dt.26:5) y tuvo que atravesar el río para llegar a la tierra de Canaán. Posteriormente, este dio origen al nombre de nación hebrea, más tarde cambiada en Israel, en razón de Jacob (Gn.32:28), y hoy sus componentes son reconocidos como judíos a través de la tribu de la cual vino el Redentor y que se generalizó a todo el pueblo cuando fueron llevados cautivos a Babilonia (2 R.16:6-7; Jer.34:9).

### III.- PROPOSITOS DE LA ELECCION

Dijimos que Dios llamó a un hombre para con él formar un pueblo y, para demostrar desde el comienzo que era suyo, lo hizo a través de un milagro, puesto que Sara, esposa de Abraham, era estéril; además, el nacimiento del hijo había de producirse cuando ambos fueran ancianos, sin posibilidades de procrear (Gn.17:15-17; He.11.11-12). Todos los hechos posteriores, no solamente en la historia del patriarca, sino también de su descendencia y en particular, la preservación sobrenatural que ha tenido el pueblo de Israel a lo largo de toda su azarosa existencia, son pruebas terminantes de los propósitos divinos para con los judíos y que los mismos aun no se han cumplido en su totalidad. Dentro de ellos podemos citar:

1) Darles Su Palabra (Ro.3:1-2); puesto que, al ir extendiéndose el hombre sobre la tierra, la tradición oral hubiese sido insuficiente y era necesario que se registrara la voluntad revelada del Creador y sus propósitos específicos para con la humanidad. Así, todos los escritores sagrados, excepto Lucas, fueron judíos; pero además de ello, la preservación del Santo Libro también requería un pueblo que fuera depositario de esa verdad y, por consiguiente, que creyera en ella. Desde luego que, al rechazar a Jesu Cristo, esa misión pasó luego a la Iglesia, y le pertenece hasta que sea arrebatada.

2) Para darle al Mesías prometido una familia que fuera creyente en esa Palabra revelada (Ro.9:5) y, desde luego, una mujer virgen de ese pueblo para que el Espíritu Santo pudiera engendrar en ella la naturaleza humana del Bendito Redentor (Is.7:14; Mt.1.18-25; 2:4-6), y, además, criarlo y educarlo en la Ley de Moisés para que pudiera conocerla desde niño y cumplirla plenamente (Mt.2.13-15; Lc.2:39-52).

3) El pueblo escogido sería de bendición para todas las naciones (Jn. 4:22); es decir, tenía, por el mismo hecho señalado en el punto anterior, una función mesiánica; es en ese sentido que la Biblia dice que "la salud viene de los judíos"; así como también la fe, ya que Abraham, que es el padre de todos los creyentes, es precisamente el origen de este pueblo (Ro. 4:11; Gá.3:7 comp.Gn.12:3 y 22.18).

### IV.- BENDICIONES Y CASTIGOS

La elección del pueblo de Israel, como lo fue en el caso de Abraham, también responde a un acto soberano de Dios, que nadie puede discutir y que Moisés lo coloca en el plano del amor divino (Dt.10.14-15), pero también define claramente que no proviene de ninguna cualidad que ellos pudieran tener o algún mérito que hubieran podido alcanzar: "No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová, y os ha escogido" (Dt.7:6-7); al contrario, y a pesar de todos los privilegios, les costaba mucho dejar los ídolos de los paganos para seguir en pos del único y verdadero Dios (Jer.2:10-11).

Precisamente el hecho de haber sido escogidos por Dios para cumplir con una misión tan significativa, determinó que esos tremendos privilegios fueran acompañados con grandes responsabilidades; de manera que la obediencia a los mandamientos divinos suponía precisas bendiciones, pero también los castigos serían muy graves, si ellos se apartaban de los caminos en los cuales debían andar. Así lo establecía claramente la Ley que fue dada al pueblo de Israel, cuando ya iba a poseer la tierra prometida (Dt.28); en este capítulo, los primeros catorce versículos repiten varias veces la palabra "bendito", condicionada al precepto: "si oyeres la voz de Dios para guardar, para poner por obra todos sus mandamientos" (vers.1). Pero a partir del versículo 15 hay 44 textos destinados a exhortarles por los peligros y se repite la triste condena: "maldito". Dios sabía que su pueblo sería rebelde y es por ello que se expresa de esta manera, y han quedado registrados todos los castigos que le sobrevendrían, así como también las características que para siempre tendría como resultado de su desobediencia (Lv.26:36-39).

Pero más allá de esa relación, estaban los más altos y sublimes propósitos del Creador, que no podían ser detenidos y mucho menos anulados; es por ello que de una familia judía había de venir el Cristo en la carne, y

por El y en El, habría de formarse el glorioso pueblo de Dios: el cristiano, que testificaría de su Señor a todo el mundo. De manera que todo aquello que el Padre imaginó y proyectó, iba a realizarse con Su Hijo y la Iglesia, de la cual Israel es solamente un símbolo; sin embargo cumplió, aunque deficientemente, con su cometido de ser testimonio al mundo de una obra divina, y sobre todo en la preservación de la Palabra, hasta el advenimiento del cristianismo.

#### V.- LOS JUDIOS Y EL EVANGELIO

Desde luego que el mayor pecado, en toda la historia del pueblo escogido, fue haber rechazado a Cristo como el Mesías prometido e, indudablemente, esto le ocasionó los mayores castigos, los cuales han de incrementarse terriblemente durante la Gran Tribulación, porque allí se agregará el aceptar al anticristo como un enviado divino (Jn.5:43). De manera que, en estos momentos, ellos no participan como nación, de la gracia divina, en razón de su incredulidad; es por ello que el privilegio ha pasado a los gentiles, quienes ahora son la inmensa mayoría dentro de la Esposa del Corredero. Sin embargo, existe siempre, en todas las épocas, un residuo judío fiel, al cual debe predicársele el Evangelio, porque lo ha de aceptar e integrarán el cuerpo de los redimidos.

De todas maneras, las bendiciones anunciadas a los israelitas continúan en pie y a su tiempo, en conjunto, se convertirán a Dios (Ro.11:25-32). No debemos olvidar que las promesas hechas a Abraham, si bien en parte se cumplieron cuando David alcanzó los límites de la tierra prometida, fue en un periodo de guerras y no pudieron disfrutar plenamente de esas bendiciones. De manera que luego del reconocimiento del pecado colectivo, hecho que ocurrirá cuando Cristo vuelva a la tierra juntamente con los suyos (Zac.12:10), los judíos serán los encargados de predicar el Evangelio en todo el mundo y gozarán de todos los privilegios anunciados a los patriarcas; todo ello durante el Milenio y bajo directa guía del Señor Jesús a través de los apóstoles (Sal.126:1-2; Is.2:3; 11:11-14; 12:4; 55:5; 61:6; Jer.51:19-20; Zac.8:22-23 comp.Mt.19:28).

De allí que la carta de Pablo a los romanos es una severa exhortación para quienes formamos parte de la Iglesia, con el fin de que no seamos arrastrados por tantos engaños diabólicos en relación con el pueblo judío. Porque si bien están en desobediencia, no han sido desechados por Dios y, en definitiva, es a través de ellos que nosotros hemos conocido el Evangelio. Por otra parte, en sus comienzos, nuestros hermanos tenían en su totalidad ese origen; recién en casa de Cornelio comenzaron a convertirse los gentiles (Hch.10:44-48) y todas las congregaciones del primer siglo tuvieron una muy grande proporción de judíos entre sus miembros. En consecuencia, no debemos dejar de predicarles el mensaje de salvación y mucho menos despreciarles, sino amarles aun más que a otras personas, tenerles misericordia y orar por ellos, con el fin de que puedan salir del error en el cual se encuentran.

#### VI.- ENSEÑANZAS

- 1) Somos llamados a una profunda y personal reflexión por todo lo ocurrido al pueblo de Israel; no olvidando que los hechos registrados en las Escrituras, lo fueron para nuestra enseñanza y admonición (Ro.15:4; 1 Co.10:11).
- 2) Por consiguiente, debemos tener cuidado de no endurecer nuestros corazones, como aquellos israelitas desobedientes, que perecieron (He.3:7-9).
- 3) La mayor bendición para todos los hombres, pero mucho más para un hijo de Dios, es obedecer los mandamientos divinos, pues tienen promesas para esta vida y la venidera (1 Ti.4:8; 2 P.1:3-4).
- 4) Procurar que nuestra relación con los judíos de nuestro tiempo sea de comprensión y ayuda, tratando de llevarles personalmente al convencimiento que el Señor Jesús es el Mesías prometido, para que crean en El y sean salvos (Hch.2:36-40; 6:7-10; 17:1-4).